

CONTENIDO EXCLUSIVO PARA LECTORES



ESCENA EXTENDIDA

EL PSIQUIÁTRICO



ÁNGEL MAESTRE GUTIÉRREZ

*Contenido exclusivo para lectores de **EXTINCIÓN**.*

© Ángel Maestre Gutiérrez. Todos los derechos reservados.

*Este capítulo forma parte del universo narrativo de **EXTINCIÓN** y no puede ser distribuido sin autorización expresa del autor.*

Escena extendida – El psiquiátrico

El doctor Herrera no creía en entidades. Creía en patrones.

—La mente necesita orden —decía—. Si algo no tiene explicación, la construye.

Jonathan escuchaba con paciencia.

—Cada diez años —repitió aquella tarde—. No es simbólico. No es estrés. No es trauma reprimido.

—¿Qué es entonces?

—Un recordatorio.

El médico anotó la palabra.

Jonathan cumplía veinte a medianoche.

A las 23:48 la planta estaba tranquila. Medicación administrada. Puertas cerradas. Luces atenuadas.

A las 00:12, un paciente comenzó a reír en la habitación 305.

No una risa normal.

Una risa baja, sostenida, como si estuviera escuchando algo que nadie más podía oír.

A la 01:03, otro paciente pidió que le cambiaran de habitación. “Huele mal”, dijo. Nadie percibía nada.

A la 01:47, las cámaras del pasillo principal registraron un fallo leve de estática durante tres segundos.

A las 02:16 el aire se volvió denso.

No fue una corriente fría.

Fue como si la presión atmosférica hubiese descendido dentro del edificio.

Los fluorescentes vibraron con un zumbido imperceptible.

Jonathan abrió los ojos antes de que el reloj cambiara a 02:17.

El silencio fue lo primero.

Luego el grito.

Uno solo.

Corto.

Desde el ala izquierda.

Después otro.

Un golpe seco contra una puerta.

Ernesto, el celador de turno, se levantó mirando el monitor. Las pantallas mostraban líneas horizontales finas que iban y venían.

—No ahora... —murmuró.

Desde la habitación 312 alguien gritó con claridad absoluta:

—¡Está aquí!

El tono no era histérico.

Era reconocimiento.

Otra voz, femenina, desde el fondo del pasillo:

—¡Otra vez no!

Las puertas comenzaron a vibrar ligeramente. No por golpes.
Por presión.

Ernesto avanzó hacia la habitación de Jonathan.

A cada paso el aire parecía espesarse.

Al llegar, intentó abrir.

El pomo giró.

La puerta no se movió.

Dentro, la temperatura había descendido.

Jonathan estaba sentado en la cama.

En el centro de la habitación, la oscuridad no proyectaba
sombra.

Absorbía.

No tenía límites definidos. El contorno fluctuaba como si la realidad dudara en sostenerlo.

El techo parecía más alto.

El espacio más amplio.

La oscuridad respiraba.

Jonathan sintió la presión en el pecho.

No miedo.

Reconocimiento.

—Has venido —susurró.

La masa se desplazó sin desplazarse.

En el pasillo, Ernesto retrocedió cuando escuchó golpes simultáneos en varias puertas.

Un paciente gritaba:

—¡Se mueve por el techo!

Otro susurraba:

—No mires... no mires...

Las cámaras dejaron de emitir imagen clara. Solo ruido.

Dentro de la habitación, la cama crujió.

Los pies de Jonathan perdieron contacto con el suelo.

No fue un ascenso brusco.

Fue como si la gravedad hubiera decidido olvidarlo.

Quedó suspendido unos centímetros sobre la cama.

La oscuridad se acercó.

No tenía rostro definido.

Pero tenía intención.

Y hambre.

Algo tiró de su pecho. No dolor. Extracción.

Jonathan cerró los ojos.

La rabia no vino sola esta vez. No fue explosión instintiva. Fue decisión.

La concentró.

La contuvo.

La convirtió en algo manejable.

La luz nació en su interior.

No cegadora al principio. Blanca. Compacta. Como si el color abandonara la habitación para concentrarse en él.

La masa oscura vibró.

Un sonido agudo recorrió el espacio, imposible de ubicar en una garganta.

Ernesto retrocedió en el pasillo cuando, bajo la puerta, comenzó a filtrarse una claridad intensa.

No fuego.

No llamas.

Luz pura.

Dentro, Jonathan apretó los dientes.

—No esta vez.

La luz se expandió.

La oscuridad se tensó, como si algo invisible la estuviera arrancando.

Los gritos en el pasillo cesaron de golpe.

Silencio absoluto.

Durante un segundo que pareció eterno, la habitación quedó suspendida entre blanco y negro.

Y entonces, antes de desvanecerse, la masa oscura hizo algo que no debía poder hacer.

Se curvó.

Se plegó.

Sonrió.

No con boca.

Con intención.

Después desapareció.

Jonathan cayó sobre el colchón.

El aire volvió a moverse.

Las luces regresaron.

Las cámaras se estabilizaron.

La puerta se abrió de golpe.

Ernesto entró primero.

Jonathan estaba sudoroso. Exhausto.

Pero consciente.

En el resto de habitaciones, los pacientes estaban desorientados. Algunos lloraban. Uno repetía en voz baja:

—Se fue... pero no del todo.

A la mañana siguiente, el informe habló de episodio colectivo de histeria inducida.

El director ordenó revisar medicaciones.

El doctor Herrera habló de “proyección compartida”.

Pero al revisar las cámaras, hubo un detalle que nadie comentó en voz alta.

Durante siete segundos exactos, el pasillo apareció vacío.

Sin puertas.

Sin paredes.

Como si la planta hubiera dejado de existir.

Horas después, cuando lo dejaron solo, Jonathan miró sus manos.

Aún temblaban.

Miró el reloj.

02:31.

Apoyó la cabeza en la pared fría.

Y sonrió.

—Nos veremos a los treinta.

El universo continúa.

Descubre el álbum conceptual *Después del Horizonte* y explora el universo completo:

www.lavidaenletras.com/extincion

www.muchamusica.com

www.imaginariaestudio.com